

La literatura y la economía

La interdependencia de la literatura con la economía va a ser la materia de estos renglones. Estos renglones son, en parte, glosa de un estudio de Georges Renard (1), autor determinista, discípulo de Taine, y, por consecuencia, difunto. Me inspiro en Renard porque prefiero la compañía de los muertos a la de los vivos. Me horripila pensar a la moda. En la era de Spencer, me chocaban los excesos del positivismo: el abuso de la balanza, del compás, de la estadística. Ahora que todos le ponen la cebada al rabo, me gustaría tener talento y autoridad para defenderlo en lo que tiene de enjundioso.

Yendo al grano: Dice Renard por ahí que no es indiferente para las letras el que un país atraviase el período de las vacas gordas o de las vacas flacas. Dice ésto porque el arte no prospera en un pueblo acuciado por el hambre.

La literatura, como todas las artes, es una actividad de lujo, una creación del ocio. Menester es el ocio para crearla y también para gustarla. Gracias al ocio, griegos geniales pudieron dedicarse al fecundo devaneo de los pórticos, y mirar el cielo y animar las tierras y las aguas con los entes de su fantasía.

La abundante parición de las dehesas y de los ganados, día más, día menos, produce la abundante parición de las minervas y de los *ateliers*. Llenos los trojes campesinos, holgadas las fi-

(1) G. RENARD, *La méthode scientifique de l'histoire littéraire*.

nanzas públicas, boyantes los presupuestos familiares, el lujo se torna una necesidad y, por lo tanto, el arte. El *parvenu* comienza a comprar cuadros, las niñas desocupadas a estudiar el piano, los mozos baldíos a pulsar la lira, la ciudad nueva a poblarse de estatuas.

La riqueza de los padres liberta a los hijos de la preocupación del sustento. Los tocados por Apolo, lleno de ocio su día, pueden responder a su vocación y consumir ese ocio en faenas artísticas o literarias.

Si  hay holgura en sus arcas, el Estado se vuelve generoso con los divinos holgazanes, oficia de Mecenas, brinda a los artistas pobres sinecuras, prebendas, un ítem en el presupuesto y viajes por el extranjero con vagas misiones de estudio y de inspección.

Si hay holgura en los bolsillos del pueblo, aumenta la demanda de libros, de diarios, de revistas y se espolea, así, la fecundidad de los plumíferos.

El factor económico no se limita a detener o acelerar la fecundidad literaria. Influye asimismo sobre el tono, sobre el carácter de la producción. La literatura trasmana el poderío o la pobreza de una época. El letargo de la economía española trajo esa literatura mortecina, apocada, rezongona de los siglos xvii y xix. ¡Que distinta a la soberbiosa y viril de los tiempos de Carlos V y de Felipe II! Entonces un español podía decir sin que chocase la jactancia:

«... Digo que yo he alcanzado la Monarquía de España tan llena y abundante de gallardos espíritus en armas y letras, que no creo que la romana los tuvo mayores, y me arrojó a decir que ni tantos ni tan grandes» (1).

El fenómeno es todavía más visible si lo examinamos en la esfera individual. La concepción de la vida es muy distinta si contemplada desde los confortables salones de un club aristocrático o desde una fría zahurda de conventillo. Los sentimientos, las

(1) ESPINEL, Prólogo de *Vida de Marcos de Obregón*.

ideas, el lenguaje, corren parejas con el medio económico dentro del cual se viva. De ahí la amargura, el pesimismo, la rebeldía y el estilo cuartelero de los escritores « aporreados por la vida ». De ahí el decir adamado y el cultivo del arte por el arte en aquellos que han encontrado al venir al mundo la mesa tendida.

Mejora la posición económica y a compás la vida va tomando otro color. El escritor explosivo, iconoclasta y brutal de la juventud, se convierte en un erudito tranquilo, uncioso y conservador.

En los países nuevos este cambio de la fortuna suele provenir de actividades extra literarias. Pero en los viejos países apretadamente poblados, la independencia económica puede derivar del ejercicio de las letras mismas. La democratización de la cultura se ha traducido en una vasta difusión del libro, gracias a la cual los profesionales de las letras pueden vivir de su pluma. En siglos pasados, los escritores desvalidos para empinarse necesitaban mendigar la protección de los Mecenas. El Mecenas de hoy es el público.

Este cambio, ¿ha repercutido en el tono de la producción literaria? Indudablemente suprimió el triste espectáculo de los arriños reptantes de los altos ingenios hacia los poderosos de la tierra. Pero en muchos casos un servilismo se ha trocado por otro. Hoy el escritor « vivo » ausculta el gusto público y trata de satisfacerlo.

Pero como el público es hidra de siete cabezas, para seducirlo es forzoso realizar prodigios de desdoblamiento. Hay especialistas en tal arte. Hay quienes, por ejemplo, fabrican obras para distintos teatros adonde acuden públicos distintos. Y saben de antemano cómo han de proceder: para tal teatro una farsa cómica; para tal otro, una comedia « blanca », *ad usum puellarum*; para tal otro, un drama truculento.

Este sistema enriquece a los autores, pero no enriquece el arte que sólo admite obras sinceras, hondamente sentidas y elaboradas sin ninguna preocupación por la acogida que pueda dispensarles el respetable público. Eugenio Sué, maestro en el arte de

tomar el pulso a la multitud, tuvo éxitos clamorosos. Hogaño, ¿quién los recuerda? Hasta la crítica le ha negado el agua y la sal. En cambio, Balzac, su contemporáneo, vive lozanamente. Y es que Balzac no se doblegó al gusto del público sino que se hizo público para su gusto.

La riqueza de un país puede descansar preferentemente ya en la agricultura, ya en la ganadería, o en el comercio o en la industria. Y bien, las letras van a reflejar esta circunstancia.

De los campos humanados nació la poesía eglógica y más tarde la novela pastoril. La agricultura de la zona tórrida inspiró a Bello su académica geórgica, gajo de antología. Cuando entre nosotros gravita, dominante, la campaña sobre el poblado, crece, lujuriosa, la literatura gauchesca. Y aun la ciudadana se orea con ráfagas campesinas. Flora y fauna llenan de nombres aborígenes los cármes cultos. Y el gaucho y sus costumbres posan sobre las finas cuartillas de los poetas urbanos.

Veamos ahora el influjo del comercio sobre las letras.

Detrás de las mercancías van los hombres y detrás de los hombres las ideas. Detrás de la pipa va el inglés y detrás del inglés su individualismo. El auge del comercio, abriendo vías, facilitando los viajes, arranca a los escritores de sus campanarios y les permite respirar otras culturas. Lo forastero suplanta a lo castizo. Poco a poco, lo exótico muere. El comercio ha llevado cervecías a Jerusalén, fonógrafos al Congo y pantalones al Japón. El color local desaparece aventado por los ferrocarriles, los «piróscafos», los automóviles y las aves mecánicas. La literatura va así perdiendo en localismo y nacionalismo lo que gana en internacionalismo, y va tomando un carácter de uniformidad universal. ¿Es un bien? ¿Es un mal? No discutimos. A otros la ardua sentencia.

El mundo del comercio con sus agiotistas, con sus tiburones, con el roce áspero de los intereses, con las tragedias del dinero, ha sido muy explotado como materia literaria. La novelística de Balzac, como es harto sabido, gira en torno del dinero, cuya influencia sintió en carne propia el creador de *Père Goriot*. Ahora

mismo, el nuevo rico, el traficante levantado por la guerra, está recibiendo el castigo de la literatura. La comedia satírica y la novela costumbrista lo han tomado de cabeza de turco.

He aquí otro insospechado fruto del comercio: ha contagiado, ha convertido en comerciantes a muchos escritores. Imitando sus maniobras, forman círculos y sociedades que son verdaderos « truts », camarillas cerradas contra las cuales el neófito se estrecha. Cada diario importante, cada revista difundida, es una fábrica de prosa y verso desde cuyas bordas se mira con ojos enemigos a los nuevos obreros que van saliendo de las masas juveniles. En torno de cada teatro alzan los proveedores del cartel una muralla china.

Además, el comerciante ha enseñado al escritor los medios de divulgar sus productos. La propaganda de un libro — casi siempre dirigida por su mismo autor — no desmerece de la que efectúa un fabricante de jabones o de píldoras para engordar. Se ha llegado en este terreno hasta la impudencia de comprar elogios. En muchos diarios europeos — no es un misterio para nadie — se pagan como anuncios las noticias bibliográficas, se pagan más o menos según la página. « Los elogios tarifados — dice Renard — han entrado en la corriente de las costumbres literarias: el comprar la gloria comienza a considerarse como un hecho natural. »

El comerciante ha enseñado al hombre de letras, de firma bien cotizada, a sacar provecho multiplicado de esa firma. Hay escritores de una fecundidad pasmosa: su nombre aparece continuamente en diarios, revistas, novelas, piezas de teatro. ¿Cuándo trabajan? Se les ve en todas partes. No hay entierro, ni ceremonia, ni fiesta, ni ágape adonde no acudan.

La solución del enigma es fácil: tienen colaboradores ocultos: uno pone la mercancía, otro la firma. Vieja es la artimaña. Ya Alejandro Dumas, padre, a veces la utilizaba. Él mismo, dice Le Goffic, no atinaba con la cuenta de sus novelas, « y es que su nombre, a partir de 1835, se había convertido en una razón social ».

No es menos poderosa la repercusión de la industria sobre las

letras. Pocos agentes han revuelto la colmena humana tanto como el maquinismo gigantesco. La máquina monstruo ha absorbido al tallercito hogareño y succionado la población de los campos. El éxodo de los campesinos hacia los grandes focos industriales es uno de los fenómenos más señalados de nuestra época. Como consecuencia, las urbes se hinchan hasta la hipertrofia. En torno de las altas chimeneas, surgen barriadas fabriles y en ellas el hacinamiento de las criaturas humanas es espantoso. Los hogares humildes se disgregan. No basta el salario del hombre para subvenir a las necesidades impostergables de la vida. Y entonces las fábricas se pueblan de niños y de mujeres.

Sobre este fondo de dolor, asientan sus fortunas los Polichinelas modernos. Y este contraste de la opulencia de los de arriba y de la miseria de los de abajo, engendra y alimenta una lucha sorda, constante, sin cuartel: « la lucha de clases ».

Después que Carlos Marx lanza su famosa doctrina de la supervalía, del trabajo no pagado, el problema social parece localizarse en las fábricas, reducirse a una cuestión de justicia distributiva en el terreno industrial. Pero no hay que engañarse: en el fondo está en jaque el principio mismo de la propiedad que sufre un zamarreo formidable de parte de los economistas heterodoxos. Escribe Lanson: « una guerra social se abre y lo que unos defienden y otros atacan es la propiedad, base y símbolo a la vez de todo el orden establecido ».

Fiebre social de tamaña intensidad tenía fatalmente que ser registrada por el termómetro literario. En efecto, en el siglo XIX, cuando comienza el monstruo mecánico a esclavizar a los hombres (teóricamente libres después de la Revolución francesa), a convertirlos en ciegos apéndices de las poleas, nace un tipo de literatura que los críticos llaman « humanitaria », literatura de tinte socialista o anarquista o filantrópico. Teatro y novela sufren una invasión de obras de tesis, didascálicas, combativas, predicantes, enderezadas a sacudir las conciencias, « a hacer la revolución en los espíritus », como se dijo después.

El socialismo romántico encarna en Jorge Sand. Más adelante,

el dolor de los humildes ha de inspirar a Tolstoy, a Hauptmann, a Bjoerson, a Paul Adam, páginas cálidas en favor de la justicia.

A este linaje de « arte social » pertenecen muchos libros que no apuntan directamente al desquicio económico sino a otras enfermedades populares. Pero éstas, sin aquel desquicio, no tomarían carácter pandémico.

Zola, en *Fecundidad* combate el neo-malthusianismo francés. Mas este mal — en el supuesto de que lo sea — deriva ante todo de causas económicas, de las dificultades crecientes de la vida, y de ahí su propagación por las capas cultas y previsoras de la sociedad.

Los dramas del alcoholismo que el teatro de Ibsen puso de moda y que nuestro Sánchez explotó magistralmente en *Los muertos*, son también en buena parte, derivaciones de la miseria. El gorila humano necesita que la instrucción le ilumine el camino y que la educación le moche las garras. Y no es con salarios de hambre que se alcanzan estos resultados.

La literatura revolucionaria tiene un reverso en la conservadora, también proselitista y militante. Conforme con sus intereses o con los dictados de su conciencia, cada escritor elige su sitio en el combate. Hasta el epicúreo Anatole France se arremanga la túnica y baja al arroyo, y se mezcla con la multitud e hinca su verbo incisivo en la grasa abdominal de sus adversarios. En época de conflagración no se concibe el artista puro. La neutralidad parece cobardía.

No sólo han llegado hasta el arte los efectos de la máquina, sino la máquina misma. La máquina se ha convertido en elemento estético. El ritmo cardíaco de los motores y el tremendo concierto zumbador de los aceros pulidos son hoy materia dignificada por el arte.

Estetas como Ruskin y Souilly Prudhomme encuentran incompatibles el arte y el maquinismo moderno. Pero Guyau (1) opina de distinto modo. Para él hay belleza en las máquinas y son tanto

(1) GUYAU: « *Los problemas de la estética contemporánea* », libro II, cap. III.

más estéticas cuanto más se parecen a seres humanos. De ahí la belleza de un transatlántico en marcha :

« Parece un monstruo espantable, pero dócil; se le ve saltar, silbar, aletear, jadear sobre la blanca espuma que rodea su masa negra. » De ahí la belleza de un avión dibujándose espectral en el azul infinito. He aquí cómo la sintió Amado Nervo. El poeta se torna filosófico ante el espectáculo magnífico :

Pájaro milagroso, colosal ave blanca
que realizas el sueño de las generaciones;
tú que conquistaste para el ángel caído
las alas que perdiera luchando con los dioses;
pájaro milagroso, colosal ave blanca,
jamás mis ojos, hartos de avizorar el orbe,
se abrieron más que ahora para abarcar tu vuelo,
mojados por el llanto de las consolaciones.

¡Por fin! ¡por fin! clamaba mi espíritu imperioso;
¡por fin! ¡por fin! decía mi corazón indócil;
¡por fin! cantaba el ritmo de la sangre en mis venas;
¡por fin tenemos alas los hijos de los hombres!

Por contragolpe, las letras influyen sobre la estructura económica, política, social. Refiriéndose a las obras militantes, escribe Renard : « aportan planes de organización, ideas directrices, concepciones nuevas de la vida. Contienen en germen las leyes del porvenir, la sociedad de mañana. Las revoluciones son las ejecutoras testamentarias de los pensadores que las han precedido y preparado; surgen completamente armadas de sus cerebros y de sus libros. »

Así la Revolución francesa — se ha dicho hasta el cansancio — vivía en estado potencial en la obra de los enciclopedistas. Lo mismo, la Revolución bolshevíqui, ya tenía existencia teórica en la enorme literatura antiburguesa y anticapitalista que provocó el monopolio de la tierra y de los medios de producción.

El mismo concepto encuentro en Lanson : « Por obra de los

novelistas, las principales causas de la perturbación social de nuestros días son puestas y repuestas bajo los ojos del público que se habitúa lentamente a creer en la realidad del mal (por lo visto para Lanson el mal es imaginado) y a admitir la necesidad de los remedios. »

Esta influencia de las letras sobre la estructura social, explica por qué las clases dirigentes, si no tienen muy tranquila la conciencia, persiguen, con un encarnizamiento que parece excesivo, la circulación de las « palabras aladas », cuando estas palabras son rebeldes y surgen ungidas de substancia cordial, por aquello de que las verdades vienen del corazón.

CARMELO M. BONET.